LA FAMILIA «SOBERANA»

PEDRO-JUAN VILADRICH

SUMARIO

I • UNA CONVERGENCIA ÍNTIMA ENTRE LOS DERECHOS DEL HOMBRE Y LOS DE LA FAMILIA. II • LA FAMILIA ES UN SUJETO SOCIAL. PERO ¿QUÉ FAMILIA...? III • LA AGONÍA DEL «CASAMIENTO» LEGAL: LA CRISIS DE IDENTIDAD DEL MATRIMONIO. IV • ¿QUÉ ES CASARSE? V • EL AMOR INDISOLUBLEMENTE FIEL Y FECUNDO COMO CO-IDENTIDAD DEBIDA EN JUSTICIA VI • LA SOBERANÍA CONYUGAL. VII • LA SOBERANÍA DE LA FAMILIA: UNA BOMBA DE RELOJERÍA.

En la reciente Carta a las Familias (2.II.1994), en concreto casi al comienzo en el epígrafe núm. 17, Juan Pablo II se pregunta ¿qué espera la familia de la sociedad? Y responde: «Ante todo que sea *reconocida en su identidad* y aceptada en su *naturaleza de sujeto social*». He aquí, en poquísimas palabras, una extraordinaria propuesta que contiene una gran carga de profundidad.

I. UNA CONVERGENCIA ÍNTIMA ENTRE LOS DERECHOS DEL HOMBRE Y LOS DE LA FAMILIA

Me atrevería a destacar, por de pronto, el paralelismo con el hombre. ¿Qué espera, ante todo, el ser humano (la familia) de la sociedad? La respuesta es la misma: el reconocimiento de su identidad y su aceptación como sujeto social. Esta convergencia entre el destino del ser humano y el de la familia está presente, en forma expresa, ya en las primeras líneas de la Carta a las Familias: *el camino de la humanidad y, por ello, de la Iglesia pasan por el hombre y por la familia*. Esta convergencia entre el ser humano y la familia manifiesta la íntima vinculación entre los derechos y del hombre y los derechos de la familia. Y ésta es la razón: el hombre no es un individuo aislado, sino

una persona, esto es, un ser cuya identidad se constituye mediante la articulación biográfica de relaciones específicas de solidaria comunidad con otros sujetos personales. No basta, pues, con reconocer derechos fundamentales al hombre, pero concibiendo a éste como un individuo aislado, porque este individualismo le reduce y con esta reducción se empobrece realmente el mismo reconocimiento de sus derechos fundamentales. La verdad del hombre, en cuanto persona, es que, antes que ciudadano, es un ser familiar (hijo, hermano, padre o esposo), es decir, una identidad articulada en la relación, un co-ser.

He aquí una primera conclusión: el destino de una sociedad futura, más profundamente humanizada, pasa por un reconocimiento y tutela *convergentes* de los derechos humanos y de los derechos de la familia. Y este reconocimiento convergente exige un *programa político y jurídico unitario que exprese esta articulación primaria* —el nexo entre la verdad del hombre y la verdad de la familia— de la realidad social humana.

II. LA FAMILIA ES UN SUJETO SOCIAL. PERO ¿QUÉ FAMILIA...?

La segunda cuestión que sugiero observar es la *secuencia* entre el *reconocimiento de la identidad* de la familia y su *aceptación como sujeto social*. Aunque esta consecuencia encierra una enorme riqueza de matices, me limitaré ahora a subrayar dos de especial importancia.

El primero de ellos hace referencia a la *aceptación*. En efecto, el reconocimiento de la verdad de la familia trae, como la primera consecuencia de congruencia político-jurídica, la aceptación de las exigencias de justicia que tal identidad contiene dentro de sí. Dicho con otras palabras, en el corazón de la identidad de la familia hay un extraordinario tipo de núcleo que, entre otras cosas, exige expresarse en términos de *primordial sujeto social* para la articulación de toda sociedad verdaderamente humana.

Cuál es el secreto de ese extraordinario núcleo, lo examinaremos más adelante. Ahora conviene continuar el examen de la secuencia contenida en ese núcleo.

El que la familia tenga naturaleza de sujeto social principal significa afirmar que es titular de *propios derechos fundamentales*. Pero si

su naturaleza de sujeto social y su patrimonio de derechos son innatos (no le son concedidos por el Estado, ni por ninguna otra autoridad), entonces es que surgen de un fondo propio, autónomo, de *poder...* No hay metáfora alguna en la utilización de este imponente término. *Poder auténtico, en estado químicamente puro.* He aquí, en el interior profundo de la identidad de la familia, una dimensión específica de poder, una auténtica bomba de relojería destinada a revolucionar muchas cosas, una dimensión de poder a la que Juan Pablo II alude, en el mismo núm. 17 de la Carta a las Familias, mediante una fuerte y sugestiva fórmula: *la soberanía de la familia.*

El segundo aspecto hace referencia al *reconocimiento* y, como se verá inmediatamente, resulta fuertemente comprometido. Se trata de que la familia sea reconocida en su identidad, pero —permítaseme el énfasis— *en su verdadera identidad.* Así pues, no todas las convivencias que de hecho se producen en una sociedad son la verdad de la familia. No todas estas convivencias contienen la verdad de la familia. No todas estas convivencias de hecho poseen, en consecuencia, una naturaleza de sujeto social y un núcleo de derechos fundamentales específica y propiamente familiares. No todas estas convivencias de hecho poseen *soberanía*, es decir, el poder y el derecho de articular la entera sociedad con efectos humanizadores. Aún más, si lo que no es la verdad de la familia es reconocido como verdadera familia, la identidad de la familia se hace *light*, se diluye, se esfuma y, al fin, se pierde y pervierte. Sobre esas pérdidas de la verdad de la familia no hay depósito de soberanía. No se puede articular sobre ellas una sociedad humanizada y cuando una sociedad consiente en ello no consigue otra cosa, por desgracia, que una desarticulación deshumanizante de las personas concretas y de la entera sociedad.

Este segundo aspecto —se trata de reconocer la verdadera identidad de la familia y no de cualquier convivencia de hecho— supone que la *fuerza* de la secuencia entre la identidad de la familia, su naturaleza de sujeto social, la titularidad de propios derechos fundamentales y, por fin, soberanía específica de la familia radica en la fuerza de otra secuencia, a saber, *la inseparabilidad real entre matrimonio y familia* como estructura interna de la identidad de la verdadera familia, la única que, por ello, posee soberanía.

He aquí la estructura nucleica: la soberanía de la familia radica, en último término, en su fundamento matrimonial. Ahora bien, la verdadera identidad del matrimonio —no de cualquier unión de hecho— se funda en la *alianza conyugal*: aquel acto de autoconstitución entre un hombre y una mujer, por el poder soberano de sus voluntades personales, de una comunidad de amor y de vida indisolublemente fiel y fecunda. El matrimonio —esta comunidad de amor y vida debidos entre los esposos— constituye, de un lado, el momento fundacional y, de otro, el núcleo interno permanente de la identidad de la familia. En el modo matrimonial de unirse un hombre y una mujer, y sólo en este modo de constituirse dos en uno, hay un peculiar e imponente fenómeno de poder soberano.

En este momento cultural, que algunas veces parece gustar más de la luz de neón que de la solar, pueden sonar ambiguamente chocantes, aunque también seductoros, dos conclusiones inusualmente fuertes. Primera: el reconocimiento de la identidad de la familia y la aceptación de su naturaleza de sujeto social va unido —como señala en forma expresa Juan Pablo II en este núm. 17 de la Carta a las familias— al *fundamento matrimonial* de la familia. Segunda: sólo la familia, *fundada en el matrimonio*, es la que contiene un propio y específico poder soberano, esto es, un patrimonio innato de derechos fundamentales y un poder real de articular humanizadamente a la persona concreta y a la entera sociedad. Pero sea cual sea nuestra reacción ante estas dos propuestas, en todo caso la rotunda y desnuda luz —casi desvergonzada— de su discurso excita en forma casi brutal la curiosidad acerca de qué especial misterio y poder se esconden en *la alianza conyugal*... ese intercambio de pequeñas palabras íntimas al alcance todos los días hasta de los más desheredados del poder y la gloria humanas.

Me temo que la alianza conyugal, el casamiento, las bodas, el consentimiento matrimonial, el *iter* verdadero de la unión entre un hombre y una mujer son, hoy, en las sociedades más avanzadas materialmente, una de tantas verdades perdidas y sustituidas por opiniones *light*. ¿Qué es la alianza conyugal? ¿Qué poder hay en ella, nada más y nada menos, que *soberano*? ¿Me concederá permiso el lector para hacer juntos una breve excursión por la selva del amor y del derecho?

III. LA AGONÍA DEL «CASAMIENTO» LEGAL: LA CRISIS DE IDENTIDAD DEL MATRIMONIO

Está muy extendida la convicción de que la única diferencia entre la simple unión de hecho y el matrimonio, reside en que éste último se ha celebrado con los requisitos de forma y solemnidades prescritos por la legalidad vigente y se ha inscrito en los registros oficiales, mientras que toda esa ceremonia legal ha faltado en las uniones informales. En uno y otro caso, sin embargo, no habría diferencias sustanciales en la naturaleza de las relaciones «maritales». La diferencia estaría en la celebración legal y en la correspondiente inscripción registral. El primer caso —la unión informal o de hecho— quedaría fuera del Derecho por falta de su legal celebración, mientras que el segundo sería «matrimonio» precisamente porque su celebración formal lo constituiría en realidad legal y oficial. El matrimonio, pues, sería la forma legal de «hacer las cosas» entre un hombre y una mujer, y las otras serían formas extralegales. En suma, el matrimonio consistiría en la vida marital en cuanto y en tanto «formalmente legalizada».

Desde esta perspectiva, es corriente que muchas personas tiendan a pensar que «les casa» el párroco, o el juez o, en todo caso, el Derecho. Y que estos mismos, si es preciso, les «descasan». El matrimonio, entonces, se oscurece como realidad interpersonal y natural entre los contrayentes, para asimilarse a una mera documentación legal, formalista y burocrática.

Este fenómeno de «vaciamiento» del matrimonio, general en el panorama jurídico actual, tiende a precipitarse en los sistemas divorcistas. En efecto, cuanto más divorcista es un sistema legal, menos interés acaba teniendo para los contrayentes y para el legislador asegurarse de que el «sí» o consentimiento ha sido auténticamente pleno y total. La razón está en que el sistema jurídico no exige de ese «sí» el surgimiento de una co-identidad real biográfica (Mi nombre —mi identidad contigo— es esposo: «soy el que, como varón o mujer, es tuyo»). Y no se instaura esa co-identidad biográfica desde el momento en que el sistema jurídico o el propio sujeto admiten, como parte sustancial del propio «sí», su relatividad y su condicionalidad al tiempo y a la conveniencia.

Cuando esto ocurre, cuando el «disenso» del matrimonio, mediante el divorcio, se ha incorporado como parte esencial del escenario dentro del cual aparece y encuentra ubicación el inicial «consenso», entonces un «soy hoy para tí el que es tu hombre y mañana ya lo decidiré de nuevo...» es un «soy» hoy por hoy, *for the time being*, dentro del cual está el derecho a no serlo. Y ser una identidad relacional *for the time being* —por ejemplo: «soy tu hombre, tu padre, tu hijo, tu hermano»— en cuya entraña está el dejar de serlo es... un ser menor, una apariencia, es no ser de verdad. Ser «apariencia», jugar el role sin ser identidad real, provoca la pavorosa y dramática contradicción de este tipo de relaciones que, conteniendo el poder de ser reales identidades co-biográficas, sin embargo generan soledades íntimas, porque se han instaurado desde el convencimiento de que su eventual disolución es parte constitutiva o «natural» de su aparición y, por tanto, son sólo formas *light* de las verdaderas identidades interpersonales, espejismos de la verdadera compañía.

En un sistema divorcista esto comporta tres grandes desarticulaciones:

a) Por un lado, este sistema favorece una progresiva trivialización del «sí» o consentimiento (es poco real una identidad relacional —esposo o esposa— originada en un «sí» del que uno puede desdecirse).

b) Por otro, aumenta la creencia de que «casarse» es un acto de conformismo social, un «pasar por la ventanilla burocrática de la ley» para obtener un mero documento o «papeles» que están y, por tanto, actúan fuera del sujeto, al que no modifican real e interiormente.

c) Finalmente, la ambigüedad: este sistema acaba dando el calificativo de «matrimonio» de manera indiscriminada a un conjunto de uniones extraordinariamente diversas y contradictorias, que tienen poco que ver con el estricto sentido natural de la unión conyugal.

Como resultado, se difumina el sentido natural del matrimonio y se termina ampliando el nombre «puramente formal y legal» de matrimonio a una serie de fórmulas sexuales cuyo único denominador común reside en que las partes han «pasado ante la forma y el registro legales» y tienen por ello unos «papeles». Dado que el conte-

nido real de esas uniones es diversísimo y contradictorio, y su único punto común es la formalidad de «pasarse por la ventanilla de la forma nupcial y del registro legal», el matrimonio queda convertido en una palabra que no significa otra cosa que «una formalidad legal convencional», carente de contenido preciso, concreto y estricto. Ésta es una de las causas de la desaparición de una definición inequívoca de matrimonio y, con ella, de la definición de familia en los actuales sistemas jurídicos civiles. A este estado de cosas lo he calificado como *agonía del casamiento legal*.

IV. ¿QUÉ ES CASARSE?

Para entender a fondo la alianza conyugal es necesario irse a otro escenario más real que este pobre paisaje, creado tanto por el individualismo insolidario cuanto por el formalismo positivista del Derecho del Estado, en cuyo seno el «individuo» espera ser «matrimonializado o divorciado» por el poder soberano del Estado. Echemos una mirada al escenario natural de la alianza conyugal que no es otro que el proceso amoroso de la soberana persona humana.

La invitación fundamental del amor entre un hombre y una mujer es estar uno con el otro, juntos. Esta tendencia se acostumbra a llamar: la dinámica del amor hacia la unión. Pero esta unión tiene grados de intensidad. Sentir el deseo de la unión, de un lado, y ser con otro una unión, como identidad biográfica, son momentos muy diferentes y bien distintos en el cuaderno de bitácora de toda historia sentimental. Es preciso, pues, distinguir esta *decisión fundacional de la unión conyugal*, de todo el resto de actos de amor anteriores y posteriores que haya habido y habrá entre los amantes. Los enamorados, en la misma medida en que se aman, sienten la invitación a estar juntos, a vivir juntos como expresión de un nuevo modo de ser: dejar de ser dos y convertirse en «un único nosotros». Pero desear y ser no es lo mismo. Esta nueva identidad —ser esposos— no consiste en el mero «hecho» de vivir juntos.

Sólo cuando, mediante un acto *nuevo* de sus voluntades (un consenso), con plena reflexión y libertad *deciden* que exista aquella unión tan profunda y total a la que les invita su amor, esa unión

queda establecida. Esa *decisión fundacional* —por lo mismo nueva, original e irrepetible— no es tanto uno más de los actos pasados o futuros de quererse, cuanto de *querer quererse*. Es un compromiso de amor que convierte en comprometido al amor. Los amantes son los que se quieren, los esposos los que, además, se comprometen a quererse como un modo de su ser, como una co-identidad biográfica. El «ser amor entre sí» lo han constituido en su definitiva co-identidad de vida o unidad biográfica. La «identidad» es *ser* y el ser reclama con derecho un *nombre propio*: «*soy esposo*». En cambio, bajo el simple hecho de vivir juntos no hay necesariamente *ser*, sino mero acontecer o *apariciencia*.

Quizá convenga recordar que el amor entre varón y mujer, en su origen o nacimiento, es un don *gratuito*. Esto quiere decir que el amor entre varón y mujer es un regalo. Algo que en su mismo nacimiento surgió por cuantas causas nos guste invocar, menos porque se *debía*. En principio, pues, amar es algo que no se debe, que se da *gratis*. En este sentido, se puede decir con todo rigor que es propio del amor ser una liberalidad, un acto libre y gratuito, una donación o regalo. Nunca una deuda.

Pues bien, la introducción de la gratuidad del amor en el orden de la justicia —esa dimensión tremendamente real de la solidaridad entre los hombres— es ahora el nuevo matiz que nos va a permitir profundizar en los pasos que transforman el amor —siempre a través de la decisión voluntaria— del mero hecho de ocurrir hasta el nivel de ser co-identidad biográfica real, del mero acontecer entre varón y mujer hasta organizarse en comunidad de amor recíprocamente debida en justicia o matrimonio. ¿Qué transformación ha tenido lugar? ¿Cuáles son los momentos de esta secuencia?

V. EL AMOR INDISOLUBLEMENTE FIEL Y FECUNDO COMO CO-IDENTIDAD DEBIDA EN JUSTICIA

El primer momento nos remite al profundo significado de la sexualidad humana. Masculinidad y feminidad, como los dos modos diversos y complementarios de ser igualmente cuerpo humano, expresan el primer nivel de sponsalidad de la persona humana. Ésta,

porque es dueña de sí misma, puede —poder soberano— *darse realmente* a otra persona y *aceptar en sí* a otra persona, constituyéndose en *común pertenencia como un modo real de co-ser*, como co-identidad biográfica. Este poder sólo reside en la relación de complementariedad que se articula entre la masculinidad y la feminidad humanas. Y sólo existe en verdad —como poder de ser íntima comunidad— entre el varón y la mujer. No existe en sus sucedáneos, alternativas, ficciones y disfunciones. Masculinidad y feminidad son, entre sí mismos, el primer modo del don-aceptación propios de la condición de persona del ser humano. Se trata de un auténtico poder soberano de autoconstituirse en ser-con o co-ser (común identidad: un único nosotros) desde la dualidad singular inicial.

El segundo momento nos revela la soberanía de la alianza conyugal. Varón y mujer, inicialmente, son dueños de sí mismos. Su masculinidad y su feminidad sólo a cada uno pertenecen. Nadie les obliga a darse, nadie puede darles de verdad. Sólo ellos son soberanos de sí. Por eso la decisión de darse y aceptarse es en su origen un auténtico regalo gratuito. Ninguna potestad o soberanía humana tiene el poder de entregarles como esposos. Ese poder de autoconstituirse entre sí como comunidad íntima de vida y de amor es, estrictísimamente, sólo suyo en exclusiva.

Llegamos así al tercer momento en la comprensión de la secuencia conyugal. La verdad del casarse —no su apariencia— consiste de modo preciso en aquella común decisión, que es un auténtico acto común de soberanía de un varón y de una mujer sobre sí, por el que deciden transformar la gratuidad originaria de su amor (la invitación, la tendencia, el deseo y el hecho de estar juntos) en vínculo de justicia, en deuda de amor entre sí, como el nuevo modo de co-ser. A partir de este momento fundacional, para la esposa el varón es tan suyo como antes a ella le pertenecía su feminidad. Y para el esposo la mujer es tan suya como antes a él le pertenecía su masculinidad. Este es el núcleo de la verdadera alianza conyugal: que mediante el famoso «sí» dos dejan de ser los únicos dueños de sí para constituirse en co-posesión y co-pertenencia como nueva identidad común (esposos). El amor fiel y fecundo ha quedado convertido en vínculo de su co-identidad y, por eso, en deuda de justicia entre ellos. *El hecho de amarse se ha transformado en derecho: éste es el vínculo jurídico conyugal.*

Por consiguiente, la comprensión auténtica de la alianza conyugal aconseja no focalizar el famoso «sí nupcial» solamente desde la exclusiva atención a la libertad —falta de coacción— con la que dos deciden vivir juntos. Cuando bajo ese «sí», pronunciado libremente, sin embargo cada uno se sigue perteneciendo todavía sólo a sí mismo, esto es, mantiene celosamente la soberanía sobre sí mismo, de suerte que el convivir juntos es un hecho que se producirá entre ellos solamente mientras les compense o satisfaga, entonces falta la verdad de la alianza conyugal.

Si no hay entrega y aceptación, a título de deuda co-biográfica recíproca, no hay entrega y aceptación reales, no se trasciende entonces el nivel de *mero hecho* de las relaciones entre los sexos, y ello es así porque sin esa entrega y aceptación recíprocas, a título de verdadera deuda en justicia, en verdad cada uno sigue perteneciéndose sólo a sí mismo, sigue siendo una identidad cuya biografía vital está reservada sólo a sí misma.

En consecuencia, podemos concluir que los amantes son el varón y la mujer para quienes el amor es un regalo gratuito que se sigue manteniendo en orden de la gratuidad. En cambio, los esposos son quienes, por amarse y mediante un acto de soberanía sobre sí mismos, han decidido constituirse en co-pertenencia recíproca, han decidido deberse su amor, instituyendo esa deuda vital como el vínculo que articula su co-identidad o nombre común (esposos). Porque se han dado y aceptado realmente, se han hecho el uno del otro, se han convertido en el «mío» de cada uno o, en rigor, en un «único nosotros», en una co-identidad recíprocamente debida. Esta co-identidad, en cuanto vínculo debido, és su nuevo modo de ser: esposos. Y esposos son, sencillamente, *quienes se deben el uno al otro la comunidad de vida y de amor*. Y ese vínculo jurídico (fuente de mutuos derechos y deberes de justicia) es el que crea entre ellos un modo específico de ser, de amarse, de convivir y de procrear: el conyugal.

VI. LA SOBERANÍA CONYUGAL

Tengo la fundada esperanza de que el lector ha percibido la línea de frontera entre el hecho y el derecho, entre los amantes y los esposos.

Tras la alianza conyugal, ni el amor, ni el convivir sexualmente son ya un mero hecho, sino una institución o comunidad debida en justicia, la cual expresa en multitud de actos y comportamientos del acontecer íntimo cotidiano (el orden del obrar) el vínculo conyugal de raíz (el orden del ser). Y esto ha ocurrido sólo y exclusivamente en virtud de un extraordinario poder soberano, detentado por la persona de cada varón y de cada mujer, que les hace capaces de constituirse en aquella institución —la comunidad conyugal como modo de co-ser—, que es la primera y más radical forma de sociedad humana. Tampoco ninguna potestad humana tiene poder de prohibirla, ignorarla, adulterarla o sustituirla por un sucedáneo o un artificio cultural...

Así pues, en el «humilde» interior de la alianza conyugal, al alcance de cualquier desposeído del poder y la gloria «humanas», anida una extraordinaria, específica y exclusiva *potestad soberana*. El poder de generar derecho. Aún más, el poder de generar el primero de los vínculos jurídicos. Un auténtico poder institucional: esto es, un poder capaz de poner en la existencia vínculos jurídicos reales que articulan la realización social de las personas humanas. En pocas palabras: la soberanía de crear la primera y más radical de las instituciones sociales humanas, a saber, el matrimonio.

Esta potestad soberana tiene como titulares exclusivos a las personas del varón y de la mujer. Esta potestad soberana es la única capaz de generar la primera de todas las demás instituciones jurídicas y sociales: la familia fundada en el matrimonio. Y esta potestad soberana de instituir el matrimonio y, a través de él, la familia, como articulación de las relaciones sociales más esenciales de la persona humana, no puede ser transferida a la soberanía del Estado. Esta soberanía de la persona del varón y de la mujer, que es el fundamento del *ius connubii*, es irreductible e inviolable por parte de la soberanía política. Por estas razones, la soberanía de la familia, fundada en el matrimonio, es una *auténtica bomba de relojería* para la tradicional concepción absoluta de la soberanía del Estado.

VII. LA SOBERANÍA DE LA FAMILIA: UNA BOMBA DE RELOJERÍA

La familia soberana: ¿una bomba de relojería...? Me temo que sí. Una auténtica bomba de relojería. Veamos por qué.

En la vieja historia de la elaboración del concepto de soberanía, todos los autores clásicos (Bodin, Spinoza, Hobbes, Sieyes, Burke, Rousseau, Kant...) estuvieron pronto de acuerdo en concebirla como un poder absoluto e indivisible. Un soberano —decía Bodin ya en 1576— deja de serlo si admite a sí a otro soberano, pues la soberanía es un poder absoluto y, por tanto, es inviable su diversificación. Siendo ésta la concepción que el Estado tiene de su soberanía ¿no es previsible la brutalidad y la astucia de su reacción frente a este otro y, encima, previo poder soberano, el del hombre y la mujer, que se presentan ante el Estado con la pretensión de generarle soberanamente, bajo sus narices, nada más y nada menos que el primero de los vínculos jurídicos, la primera de las instituciones sociales: la familia de fundación matrimonial?

Esta pregunta abre un escenario sorprendente a la hora de interpretar las modernas reformas del Derecho matrimonial y de familia. Estas reformas se han hecho «en nombre» de la libertad y el pluralismo ideológico del individuo. Pero, en la realidad, ¿no esconden una extralimitación de la soberanía del Estado, en el campo de la sexualidad y del matrimonio, paralela a una sutil alienación de la soberanía originaria de la persona humana?

Si tomamos, como clave de lectura crítica, la soberanía conyugal de la persona, surge la sospecha de si, bajo las modernas reformas del Derecho matrimonial y de familia, la soberanía del Estado ha sido utilizada de «dogma laico» para encubrir la dictadura ideológica de ciertos grupos de poder a los que interesa más el individuo aislado-súbdito que la persona vertebrada en el seno de una familia soberana. Para ello se habría actuado en dos líneas convergentes.

De una parte, se habría impulsado en forma expresa y activa cualquier tipo de política cultural conducente a la desaparición de una definición precisa, real y unívoca de matrimonio y de familia en los sistemas jurídicos, presentando esa evidente pérdida como progreso de la cultura y la democracia, dado que el Estado no puede imponer un modelo de matrimonio y de familia. De otra parte, mediante una pirueta, tan audaz como cínica, ese mismo Estado se arrojaría, satisfecho, la soberanía de definir como matrimonio y familia todo tipo de convivencias, relaciones y uniones, hasta las homosexuales, bajo el pretexto del deber de acoger sin prejuicios en el seno del De-

recho —expresión paradigmática de soberanía estatal— todo cuanto tuviese la condición de hecho social.

¿Por qué era necesario gasificar las nociones de matrimonio y de familia hasta convertir su pérdida en convicción de progreso? ¿Por qué, al mismo tiempo, el Estado, como un nuevo Adán, se podría considerar detentador del poder de dar nombre —definir— matrimonial y familiar a todo hecho si ello interesase a su soberanía?

Me atrevería a sugerir una sencilla hipótesis, como respuesta. Porque el reconocimiento de la verdadera identidad del matrimonio y de la familia equivale a aceptar el poder soberano de los cónyuges, la condición de sujeto social primordial de la familia fundada en el matrimonio y la existencia de articulaciones sociales y económicas fundamentales y exigidas por la soberanía de la familia. Si todo esto se reconociera y aceptase, en tal caso ante el Leviathan o dios terrestre se habría levantado otro soberano, un previo e imponente soberano: la familia fundada en el matrimonio.

Sigamos un poco más la secuencia de nuestra hipótesis. El reconocimiento de la familia soberana, más previa y radical que la soberanía del Estado, conllevaría su aceptación como sujeto social primordial. Esta aceptación no podría ser inocua. Traería muchas consecuencias. Por de pronto, los miembros de la familia soberana están más articulados en su identidad y relaciones básicas. Constituyen un tipo de ciudadano arraigado, acompañado, menos individualista y solitario, más personalizado. El deber de respetar en forma efectiva los derechos fundamentales (sus contenidos materiales) de la familia soberana aportaría al sistema algunos nuevos y esenciales elementos para un profundo cambio hacia otro modelo social y económico más humanizado. Y quizás puede aventurarse que estos nuevos modelos de ciudadanos y de sistema limitarían durísimamente aquel otro modelo social y económico que los grupos que detentan el poder, amparándose en la gran coartada de la absoluta soberanía estatal, están interesados en imponer a un tipo de individuo-vasallo-invertebrado-desarraigado-materializado. Un individuo condenado a la soledad de sí mismo y a la impotencia frente al sistema.

En suma: la soberanía de la familia aparece como una carga explosiva para cualquier sistema socio-económico alienante de la persona. Pero al mismo tiempo —y ésta es la conclusión que sugiero— la

soberanía de la familia, fundada en el matrimonio, es una gran carga de esperanza para quienes están buscando hoy la verdad del amor y de los lazos humanos de solidaridad y compañía. Y es también una gran carga de esperanza para quienes están dispuestos a articular una nueva sociedad más humanizada.